

LAS SERVIDUMBRES DE UNA EPISTEMOLOGÍA UTÓPICA:
LA SOCIEDAD VALENCIANA EN "VALENCIA,
PUERTO MEDITERRÁNEO EN EL SIGLO XV"

per

Pablo Pérez García

(UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)

Hace ya algún tiempo me fue brindada la oportunidad de escribir un pequeño libro en torno a la criminalidad y a los problemas de orden público en la ciudad de Valencia. Aunque el plazo que me había sido concedido para redactar aquella obra era más bien estrecho, ni pude ni quise ahorrar el esfuerzo necesario para concluir el estudio. Me lo demandaban dos gratas deudas: la primera con un buen amigo, responsable de la colección que acogió mi trabajo, y la segunda conmigo mismo, mejor dicho, con cuatro años de mi vida dedicados a la investigación histórica en diferentes archivos valencianos. En un primer momento me tentó la idea de abordar las diferentes líneas motrices de la contravención socio-penal durante el extenso periodo comprendido entre el ascenso al trono del rey Fernando el Católico (1479) y la supresión de los fueros valencianos (1707). Pronto, sin embargo, deseché mi pretensión inicial puesto que comportaba, en sí misma, la adopción de un estilo historiográfico que, si bien muchos colegas consideran modélico, personalmente no deja de parecerme una de las últimas utopías del quehacer histórico contemporáneo, digna –como todas las utopías– del mayor respeto, mas incompatible –así lo creo– con la percepción-interpretación proporcionada de las complejas realidades pretéritas. Fruto de aquella determinación resultó ser un análisis mucho más limitado de la delincuencia urbana valenciana, circunscrito a los años que precedieron al estallido del conflicto agermanado, estudio que, una vez publicado, propició la generosa invitación del profesor Ramón Ferrer para colaborar en este debate sobre la obra de Jacqueline Guiral-Hadziiossif.

Cuanto va dicho representa la primera de las paradojas sobre las que tendré ocasión de hablar en esta breve glosa. A poco que se medite no dejará de sorprender que mi presencia en las páginas de la Revista

d'Història Medieval para comentar el libro *Valencia, Puerto Mediterráneo en el siglo xv (1410-1525)* obedezca precisamente al replanteamiento del objetivo, dimensiones y cronología de mi trabajo, finalmente convertido en un ensayo sobre la criminalidad y la justicia urbana en la Valencia preagermanada cuya reciente publicación es, al cabo y al fin, el único argumento que hallo para justificar mi participación en esta sección. Ahora bien, el repliegue al que acabo de referirme sitúa la concepción de mi propio estudio en las antípodas de los principios que modulan la obra de Jacqueline Guiral. Es aquel un trabajo limitado y monográfico que aspiraba a explotar exhaustivamente las fuentes documentales que le servían de fundamentó. Por el contrario el estudio de Jacqueline Guiral constituye un claro exponente del género que conocemos como "historia total", es decir, una obra sobre un eje primordial desgrana aspectos de muy diversa naturaleza con el fin de discernir la esencia poliédrica de las sociedades en el pasado. A mi juicio, lejos de ser éste el más sólido valor del libro que comentamos, contituye la mayor de todas sus debilidades, de tal suerte que si bien me considero incapaz de contrastar los datos y las reflexiones que aporta la autora sobre el nódulo que vertebra la obra –Valencia, su "puerto", sus comerciantes, sus marinos y sus tráfaeos de mercancías–, creo que la obra, contemplada como un conjunto global, no ha acertado sino a componer un cuadro impresionista de la sociedad valenciana del cuatrocientos. Sin llegar a plantear –cuanto menos– alguno de los interrogantes que me ha suscitado la primera parte –primordial– del estudio de Jacqueline Guiral sobre la coyuntura mercantil en la ciudad de Valencia, sobre los circuitos, la organización humana y los soportes materiales del comercio valenciano, me pregunto sinceramente qué necesidad había de abordar y, sobre todo, de hacerlo de forma general, asistemática y –en ocasiones– confusa, aspectos que, si bien podrían contribuir a comprender mejor la materia principal de la obra, tal y como aparecen desarrollados muy poco aportan al resultado final de la misma. Entre las cuestiones que, a la postre, resultan periféricas al núcleo de *Valencia. Puerto mediterráneo* figura –tal vez con la excepción de los capítulos noveno y décimo– la tercera parte del libro, en la que la autora pasa revista a problemas que por sí solos requerirían varias tesis doctorales –seguramente sin llegar a ser totalmente resueltos– como la organización de la producción agraria y manufacturera, las comunidades de comerciantes extranjeros en la ciudad de Valencia, las tensiones y las luchas sociales y los resortes de la transmisión inter-intra familiar de la propiedad (dotes y testamentos).

No es posible, dada la brevedad exigible a este tipo de comentarios, pasar revista, uno por uno, a los aspectos equívocos o sencillamente deficientes de esta tercera parte del trabajo de Guiral en la que aparentemente se pretendía esbozar la compleja realidad social valenciana del cuatrocientos y comienzos del quinientos. Por otra parte, los errores o los problemas de apreciación en este punto del estudio no constituyen ciertamente el reflejo de la –tal vez excesivamente– ambiciosa metodología que inspira la obra, sino al desconocimiento de la entidad social, política o jurídica del antiguo reino de Valencia y de su capital. Sin embargo, no podemos dejar de sentir extrañeza –por ejemplo– ante las cifras sobre la población urbana valenciana que Jacqueline Guiral –en 1986!, cuando se publicó originariamente su trabajo– deja deslizarse en la página 435 de la versión en castellano de *Valencia. Puerto mediterráneo*. Tras la publicación de los datos demográficos generales del censo del año 1510 por Ricardo García Cárcel (1976) o las noticias sobre población urbana del año 1489 por Agustín Rubio Vela (1980) resulta completamente insostenible la cifra de 75.000 habitantes que, desde la década de los cincuenta, los historiadores habían venido asignando a la Valencia del último tercio del siglo xv y, por supuesto, la cifra de 80 o 100.000 habitantes que maneja Jacqueline Guiral. Sorprendente resulta, asimismo, que el esbozo realizado por Jacqueline Guiral sobre el entramado político-institucional de la ciudad y del reino de Valencia figure en el capítulo dedicado a las comunidades de comerciantes extranjeros asentados en la capital, cuando resulta palmario –así lo corroborarían los estudios de Rafael Narbona– que el marco institucional del poder político en Valencia permite contextualizar básicamente el inveterado e imponente problema de la confrontación social. Mayor gravedad revisite, a nuestro entender, la traslación acrítica que hace la autora de la virtualidad de las leyes sobre constitución de mayorazgos aprobadas por las Cortes castellanas de Toro del año 1505 en tierras valencianas o de los datos sobre la progenie –¿entre 4 y 7 hijos?– de la aristocracia valenciana, amparándose en los resultados que obtuvo M.C. Gebert sobre la nobleza extremeña durante el reinado de los Reyes Católicos (p. 580). Aunque los ejemplos de semejante porte –si bien no tan sobresalientes– podrían seguir siendo referidos, hacerlo implicaría transmitir una imagen deliberadamente parcial y sesgada en torno al tratamiento de la historia social valenciana en la obra de Jacqueline Guiral.

Si hemos de ser completamente sinceros, la tercera parte del libro *Valencia. Puerto mediterráneo* resulta ser un conjunto en el que las apro-

ximaciones certeras a la realidad social del cuatrocientos valenciano superan con creces a los deslices o a la información obsoleta utilizada por la autora. Fue ésta la misma impresión que obtuve mientras estudiaba la obra de Jacqueline Guiral con el fin de ilustrar mi propio trabajo acerca de la delincuencia urbana en el tránsito entre los siglos xv y xvi. No obstante, en la evaluación histórica que ha llevado a cabo Jacqueline Guiral en torno a la sociedad valenciana del siglo xv creo descubrir tres grandes problemas que, sin duda, desmerecen la concepción general de la obra al mismo tiempo que plantean muy serias dudas sobre la virtualidad del género que conocemos como "historia total". En efecto, a diferencia de las objeciones que hemos realizado enteriormente, las cuestiones que pasamos a abordar no son tanto el producto de una lectura apresurada o deficiente de la bibliografía general cuanto el resultado mismo de una metodología y de un estilo historiográfico que sólo en las manos de historiadores con una sólida formación y una gran experiencia ha logrado producir frutos acabados y dignos de consideración. La "historia total" es un género sumamente difícil, una forma de construir la historia que precisa una enorme madurez, reservada sólo a la maestría y al saber hacer de unos pocos.

La primera de las consecuencias lógicas de la adopción de una metodología ambiciosa cual es aquella que se exige en el género de "historia total" es la superficialidad —la extensión, si se prefiere— antes que la intensidad o la explotación exhaustiva de series documentales mucho más específicas o limitadas. El historiador que aspira a captar en su totalidad las realidades, las tendencias generales y los problemas sociales del pasado se halla abocado, por una parte, a escoger una cronología suficientemente significativa y dilatada como para componer el cuadro completo de las mutaciones y las permanencias y, por otra, a movilizar y entrecruzar fuentes documentales de muy diverso rango y posibilidades de aprovechamiento con el fin de dar cumplimiento a dos exigencias esenciales —una deriva, en realidad, de la otra— en este género historiográfico: una cuantificación suficientemente precisa de los fenómenos sociales abordados que permita calificar con acierto la evolución de las cuestiones analizadas, sus componentes esenciales, su periodización y su resultado definitivo. Semejante requisito, pues, sólo puede ser atendido mediante la adopción de métodos de muestreo que, a su vez, se hallan sometidos a estrictas reglas de ejecución y verificación. Desoir tales exigencias puede comportar incurrir en graves deficiencias interpretativas de las que, por sí mismo, no se halla exento el procedimiento

de muestreo. ¿En cuántas ocasiones un pequeño trabajo de iniciación a la investigación histórica —una tesis de licenciatura, por ejemplo—, limitado en sus objetivos y en sus fuentes no ha cuestionado, precisamente por el carácter intensivo de su planteamiento, afirmaciones vertidas en obras consagradas por la *oikumene* académica?

Pues bien —y ahí va la primera de mis reservas— el estudio global de la sociedad a la que aspira Jacqueline Guiral en la tercera parte de *Valencia. Puerto mediterráneo* adolece de no pocas deficiencias documentales que —a mi criterio— condicionan los resultados obtenidos por la autora, sobre todo en aquellos epígrafes monográficos que en mayor medida podrían contribuir a mejorar nuestra apreciación sobre la materia principal del estudio: las actividades mercantiles. Los datos cuantitativos que se ofrecen —por ejemplo— de la evolución de los oficios artesanos valencianos entre 1392 y 1459 son exactamente los mismos que aportaba el profesor Sánchis Guarnier en su magnífica síntesis sobre la ciudad de Valencia. Para Jacqueline Guiral, la subdivisión institucional de antiguos oficios —de tal forma que de 24 oficios en 1392 se pasa a 29 en 1459— y la aparición de los *oripellers*, constituye un fehaciente “testimonio de la diversificación de las actividades artesanales e industriales de la ciudad” (p. 485). El estudio estadístico —cuando existe— sobre las cifras sobre importación de materias primas resulta a todas luces insuficiente (p. 499). Las precisiones en torno al peso específico, las actividades mercantiles y la cronología de los asentamientos de factores y compañías mercantiles extranjeras en Valencia resultan ciertamente endebles (pp. 510-533). El censo de los “linajes más poderosos” dentro del conjunto de esas “cincuenta familias” del patriciado urbano que “monopolizan” el gobierno de la ciudad (los Bou y los Valleriola, principalmente), reconstruido a partir de las informaciones de un *Llibre de memòries* (C. Zacarés) nunca citado a pié de página, ha sido confeccionado bajo los presupuestos de que el concepto “familia-linaje-clan” es parangonable con el factor “idéntico apellido” y de que el concepto “poder o ascendiente político-social” es igual a “número de cargos gubernativos, representativos o jurisdiccionales” desempeñados (pp. 548-552). De igual modo, no dejan de ser discutibles los niveles —a los que la autora otorga un valor casi definitivo— en torno a los indicadores sobre patrimonio entre las familias campesinas, artesanas, burguesas y nobiliarias, obtenidos a partir de la lectura de unas cuantas actas de constitución de dotes o de legados testamentarios (pp. 578-613).

Del débil fundamento documental con que Jacqueline Guiral des-

cribe la abigarrada sociología del mundo agrario y urbano valenciano o las dificultades financieras, fiscales, políticas e ideológicas que condicionan la expansión material y económica de la ciudad de Valencia (esa "vía muerta" de la que se habla en la p. 555) deriva la segunda objeción que cabría proponer al resultado de *Valencia. Puerto mediterráneo*: el carácter descriptivo e impresionista de un discurso historiográfico repleto de frases sentenciosas tan del gusto de nuestros colegas galos. Muchos de los párrafos de los últimos cuatro capítulos de la obra de Jacqueline Guiral no constituyen sino la mera relación de una serie de noticias de archivo halladas en las fuentes documentales utilizadas, útiles —ciertamente— como información de primera mano, aunque expuestas de forma "solipsista" y sin hallarse contrastadas con líneas interpretativas de mayor alcance carezcan de valor intrínseco.

Sin embargo, resulta innegable que varios apartados de esta tercera parte del estudio que nos ocupa y en la que su autora reflexiona en torno a los problemas sociales de la Valencia del cuatrocientos y de los años inmediatamente anteriores y posteriores a la Alemania han sido resueltos con verdadera maestría. Semejante aspecto presta a la tercera parte de *Valencia. Puerto mediterráneo* un sabor extrañamente ecléctico, en el que se entrelazan la superficialidad e —incluso— el virtuosismo. Precisamente en este sorprendente aspecto radica la tercera —y sin duda la mayor— de mis reservas en torno a la interpretación histórica de la sociedad valenciana en la obra de Jacqueline Guiral. Leyéndola con un cierto detenimiento y a pesar del personalísimo estilo literario de la autora no resulta difícil descubrir las deudas sin cuento que, particularmente los capítulos más sólidos del trabajo que comentamos, tiene contraídas *Valencia. Puerto mediterráneo* con varias generaciones de historiadores valencianos que —permítaseme la expresión— sólo de forma parcial y "vergonzante" aparecen citados en las páginas del libro. Por el contrario, Jacqueline Guiral, francesa medular y fiel discípula de sus maestros, aprovecha cualquier tímido indicio para colacionar profusamente a sus propios compatriotas. Puedo comprender e —incluso— puedo excusar los errores o las deficiencias interpretativas y metodológicas de cualquier obra histórica, fruto —en múltiples ocasiones— de las mismas exigencias académicas y curriculares; nadie se halla exento de limitaciones y flaquezas. Sin embargo, ciertas actitudes me hieren profundamente y, de modo particular, me desagrada la "ética chauvinista", de la que participa tanto el Sr. Mollat que en la presentación del presente estudio y sin rubor alguno llega a afirmar que "Valencia merecía su historiador. Y lo ha

encontrado en la autora de este libro", cuanto la misma Sra. Guiral. Pues bien, ante semejante falta de profesionalidad, de reconocimiento y de respeto ante la labor callada y juiciosa de tantos historiadores valencianos que han dedicado lo mejor de su tiempo y de su vida al estudio concienzudo del pasado, sólo puedo formular dos preguntas que no necesitan –por cierto– respuesta alguna. ¿Qué hubiera sido de muchos de los capítulos de la tercera parte de *Valencia. Puerto mediterráneo* –precisamente los más sólidos– sin el acervo que proporcionan los trabajos realizados por los profesores Huici, Piles Ros, Cortés, Ferrer, Hinojosa, Vidal, Salvador, García Cárcel o Belenguer –por citar sólo algunos casos– que Jacqueline Guiral parece citar a regañadientes?. ¿Para construir una obra del género "historia total" es imprescindible –desde una perspectiva puramente académica, claro está– investigar en "países exóticos", en las "tierras vírgenes"?.